

**Ecos**  
Año 3 (1995), Nº 4

## CUBA. ESTRUCTURA Y PROCESOS SOCIALES

Jorge Ibarra Cuesta

Los resultados del presente estudio historiográfico de las clases sociales corren al encuentro de las distintas hipótesis formuladas por los historiadores del período republicano acerca del papel hegemónico desempeñado por determinadas clases o grupos sociales en la conformación y transformación estructural de la sociedad neocolonial cubana. De hecho, si pudimos llegar a ciertas conclusiones en el curso de la investigación, se debe, ante todo, a que nos propusimos agotar, en la medida de lo posible, las premisas de las que partieron otros estudiosos en el tratamiento de los temas objeto de nuestro análisis. Como quiera que haya sido la percepción de determinados aspectos de la estructura social -su mayor o menor coherencia o madurez- la base en la que se han apoyado historiadores y científicos sociales en la formulación de hipótesis sobre el papel hegemónico protagonizado por clases y grupos, en la medida que hayamos realizado un estudio empírico integral de las distintas fuentes económicas, demográficas y sociales de la época, habremos contribuido a plantear nuevos problemas historiográficos del período republicano.

Las primeras hipótesis historiográficas con las que los resultados de nuestra investigación entran en contradicción desde un primer momento, son con los supuestos de los que parte el libro *Un estudio sobre Cuba*, de la Cuban Economic Research Project, uno de cuyos principales autores fue José Álvarez Díaz, ministro de Hacienda durante el gobierno de Carlos Prío. De acuerdo con las premisas de las que partía su autor, Cuba se encontraba en la década de 1950 en el curso de un desarrollo económico capitalista acelerado, que haría a la burguesía doméstica dueña de sus destinos. Se trataba, ni

más ni menos, de un despegue "rostowiano" capaz de romper los vínculos de la dependencia. Mauricio A. Font ha bautizado esta hipótesis, un tanto irónicamente, como la de una "ofensiva nacional capitalista" (Font: 1989). No obstante, como bien señala el crítico, a pesar de sus limitaciones conceptuales, el libro proporciona una gran cantidad de información sobre Cuba.

Por aquellos años, otro autor, Joaquín Martínez Sáenz, presidente del Banco Nacional de Cuba durante la dictadura de Fulgencio Batista, publicaba un libro, *Por la independencia económica de Cuba* (1959), en el que postulaba un grupo de hipótesis cercanas a las de Álvarez Díaz. Significativamente, ambos autores, ideólogos y funcionarios de gobiernos distintos, coincidían en destacar que en Cuba no había condiciones para una revolución social. La única diferencia en el enfoque radicaba en que Martínez Sáenz le atribuía a la política keynesiana aplicada por la dictadura de Batista el papel decisivo en un desarrollo capitalista independiente, mientras que Álvarez Díaz le asignaba a las instituciones creadas por Carlos Prío y a una burguesía nacional la responsabilidad principal en la consolidación de una agricultura diversificada y un proceso industrializador, destinados a liberar económicamente a la isla.

La perspectiva ideologizante de estos estudios se ponía de manifiesto cuando postulaban implícitamente que no había razones de orden económico, demográfico o social que dieran cuenta de las transformaciones sociales en curso, de ahí la explicación de que tales cambios debían buscarse en otras esferas (por ejemplo, las ambiciones o pugnas existentes entre grupos políticos rivales).

El estudio monográfico de Juan Martínez Allier acerca de las posiciones y el papel desempeñado por el colonato azucarero, en el período 1934-1960, constituyó una importante contribución al estudio de las clases medias en Cuba (Martínez Allier: 1977). En el curso de su exposición, dicho autor siguió de cerca las declaraciones formuladas por los dirigentes de la Asociación de Colonos, en su mayoría grandes colonos o sus representantes, contra las relaciones de dominio neocolonial impuestas por EEUU a Cuba. De acuerdo con el sociólogo

español, los colonos habrían sido una clase organizada y movilizada coherentemente con una orientación nacionalista y en distintas ocasiones no habrían vacilado en unirse, en sus luchas, al movimiento obrero organizado. Martínez Allier destaca también, de alguna manera, las diferencias y conflictos que tuvieron lugar entre los pequeños colonos, el sector campesino del colonato y los grandes colonos y el sector burgués agroexportador. No obstante, esta investigación primaria realizada en las Actas de la Asociación de Colonos y en las publicaciones periódicas de la época, requiere un estudio más pormenorizado de las distintas posiciones asumidas por el gran colonato, así como de sus variaciones a lo largo del período estudiado, sobre todo en sus relaciones con los EEUU, los grandes hacendados y el proletario azucarero. Así, de la exposición del autor brotan las siguientes interrogantes: ¿Hasta qué punto los grandes colonos representaban sistemática y coherentemente los intereses de todo el colonato y no sólo intereses corporativos de clase?; ¿En qué medida las declaraciones de algunos dirigentes del colonato, representantes de los grandes colonos, eran tan sólo declaraciones destinadas a hacerle el juego al nacionalismo de los pequeños y medios colonos y no respondían a una actitud propia? ¿Hasta dónde tales declaraciones eran aceptadas por el gran colonato en su conjunto?

Como quiera que sea, este estudio preliminar del discurso nacionalista del colonato contribuye a problematizar los juicios a propósito de la estructura social cubana. Hasta entonces los estudios sociológicos del período, sobre todo las encuestas realizadas por Lowry Nelson, se habían planteado que en Cuba no había una clase media de importancia o significación política y social. De ahí que otros autores, en el curso de la década del 60, llegasen a negar implícitamente la existencia de una clase media productiva y comercial de orientación nacionalista (Thomas: 1967; Blackburn; 1963).

Martínez Allier, como llevamos dicho, valoraba las posiciones de la dirigencia del gran colonato como nacionalistas y explicaba su renuencia a identificarse con la revolución social,

encabezada por Fidel Castro, a partir del siguiente axioma: "una revolución socialista implicaba la realización de una revolución nacionalista, pero no viceversa". Lo cierto, sin embargo, es que el nacionalismo del campesinado, incluido el pequeño y medio colonato, del proletariado, de los sectores proletarizados y de la pequeña burguesía no constituyó un obstáculo, sino un punto de partida para su incorporación al proceso de la revolución socialista cubana. En cambio, según se deduce del texto de Martínez Allier, el nacionalismo de los grandes colonos constituyó un impedimento para la integración de este sector en el proceso revolucionario socialista. ¿No habría entonces que deslindar las actitudes clasistas de los grandes colonos, como actitudes corporativas, no nacionalistas, generadoras tan sólo de conflictos menores con el capital financiero y los hacendados, antes que definirla como patrióticas o nacionalistas, tendentes a la solidaridad e identificación con las clases subalternas en el curso de las contradicciones agudas con el imperialismo y la burguesía dependiente?

La defección de la dirigencia de los grandes colonos del proceso revolucionario habría significado, entonces, que su oposición a determinados aspectos del dominio neocolonial era tan sólo una contradicción subordinada, mientras que sus conflictos con el pueblo nación tenían un carácter principal. En otras palabras, en el período 1934-1960 predominarían sus intereses corporativos de clase sobre sus intereses patrióticos. Esa sería su verdadera posición, aún cuando entre los miembros del gran colonato se encontrasen personalidades tan representativas del pensamiento nacionalista como Ramiro Guerra y Fernando Ortiz. Este hecho, al parecer, contribuyó a que nuestro colega entendiese que la actitud de las dirigencias burguesas del colonato era nacionalista. De hecho, la presencia de estas figuras en las filas de la dirigencia del colonato es presentada por Martínez Allier como uno de los aspectos principales que confirman su hipótesis. Quizás lo que distinga a la actitud de Ortiz y Guerra de la de los grandes colonos sea que, en tanto ideólogos de un nacionalismo burgués genuino, no emigraron de su patria. Las implicaciones teleológicas que

podiera haber en esta aseveración tenderán a desvanecerse ante el hecho que la actitud de Ortiz y Guerra, como representantes del gran colonato, fue consecuente con la defensa de intereses nacionales de más largo alcance, en la medida que en sus obras científicas, como ideólogos de la nacionalidad, no expresaban intereses sectoriales de clase, mientras que las dirigencias del gran colonato, como agentes de intereses inmediatos, estrechos de clase, aún en conflicto coyuntural con los EEUU, no se planteaban encarnar las aspiraciones del pueblo nación.

Debe tenerse en cuenta también que la mayor parte de los juicios críticos expresados por los grandes colonos contra el dominio neocolonial estadounidense, tal como son reproducidos en la obra de Martínez Allier, no son más que exabruptos expresados en familia, o sea, en las reuniones de la Asociación de Colonos, no como parte de una campaña de lucha nacionalista que tuviera como finalidad movilizar a otras clases frente a las prácticas del capital financiero.

Luego de identificar rasgos nacionalistas en los pronunciamientos de algunas figuras prominentes del gran colonato, Martínez Allier transfirió la actitud que le atribuía a este sector de la burguesía doméstica a todo su conjunto, al plantearse que no podía hablarse de "una debilidad o ausencia de una burguesía nacional", así como que "el radicalismo de la burguesía nacionalista, atemperado por su miedo al proletariado, pero urgido por sus conflictos con los Estados Unidos, fue también un factor de la revolución de 1959". (Martínez Allier, 1977: 195). No puede negarse, desde luego la existencia de estos conflictos, ni el hecho que el colonato, en las provincias orientales, fuese un factor de la revolución de 1959, aspectos que contribuyen a esclarecer la obra de Martínez Allier; pero su afirmación de que la burguesía cubana tuviera un carácter nacionalista sigue siendo altamente controvertida.

En otro ensayo del libro que venimos comentando, "The Revolution- the Moncada Programme of 1953 and the Land Reform Law of May 1959", nuestro colega se plantearía el papel

fundamental que desempeñó la movilización del proletariado rural en la radicalización de la Reforma Agraria Cubana. El autor se propuso, por consiguiente, en ambos estudios monográficos, destacar el papel desempeñado por el gran colonato y el grado de conciencia revolucionaria del proletariado rural, por lo que no puede atribuírsele haber asignado a estos sectores de clases un papel hegemónico o dirigente en el curso del proceso revolucionario. Un estudio de conjunto del movimiento revolucionario cubano quizás lo hubiera inclinado a destacar el papel de otras clases y estratos sociales, así como a definir su actividad protagónica, pero nuestro colega se propuso tan solo estudiar algunos aspectos de su praxis social.

El esquema clasista y hegemónico propuesto por el historiador Marcos Winocur tiene un interés relevante para los estudios de la revolución cubana (Winocur, 1979 y 1989). Hasta entonces, las distintas investigaciones sobre la década de 1950 habían obviado el análisis de la burguesía azucarera cubana, sin profundizar en el papel desempeñado por la clase obrera y las masas rurales. El colega argentino definió a la burguesía azucarera en un punto intermedio entre una actitud dependiente y otra nacionalista, pero le atribuyó un carácter agresivo en la lucha por sus mercados y en la guerra contra el azúcar remolachero y cañero estadounidenses. La oposición de un sector minoritario de esta clase, en el que se agrupaban pequeños dueños de ingenios y el gran hacendado Julio Lobo, a la política de restricción azucarera de la dictadura, no constituía, desde luego, la actitud dominante en el conjunto de la burguesía dependiente.

Amenazada en el plano económico con la reducción de la cuota azucarera, ante el creciente expansionismo de la remolacha yanqui, y desplazada en gran medida del mercado mundial por el convenio de Londres, a la burguesía azucarera no le quedaba otro remedio que luchar por nuevos mercados y librar, si fuera preciso, una batalla decisiva contra los azúcares yanquis en las altas esferas de Washington. En el plano político, Winocur enunciará la hipótesis de que a fines de 1958 la

burguesía azucarera se mostraba dispuesta a romper sus vínculos con Batista. Haría falta fundamentar esta suposición con evidencias documentales que revelen la actitud de los principales hacendados de la isla. En todo caso, la ruptura de la burguesía con la dictadura en su agonía, sería una manifestación más de la actitud de esta clase frente a los regímenes políticos en los que se apoyaba. En el 1896, ante el avance de la invasión y la creciente fuerza del Ejército Libertador, había iniciado gestiones cerca de EEUU para que se anexara la isla, dejando en la estacada a los autonomistas y al régimen colonial español, su principal base de apoyo político. En la década de 1950, ante la inminente victoria del Ejército Rebelde, había comenzado un viraje político para garantizar sus intereses corporativos de clases.

Winocur descubre el papel del proletariado rural cubano, pero no explica sus relaciones con otros grupos y clases del pueblo nación. De hecho, nuestro colega es el único historiador del proceso revolucionario de los años 50 que se plantea valorar el papel del proletariado rural en la revolución cubana. Si bien no analiza en detalle la estructura, ni el grado de coherencia y maduración política de este sector de la clase obrera, al describir su accionar en el contexto del plazo corto en un ciclo económico, explica las causas profundas de su actividad protagónica en el medio rural. Sin embargo, Winocur no se compromete a postular cuál es la clase hegemónica en el proceso revolucionario, sólo se propone argumentar que la pequeña burguesía, sin el apoyo de la burguesía y del proletariado, "hubiera quedado en camino, en solitaria y fracasada revuelta".

Ahora bien, en determinado momento de su exposición no podrá evitar formular un juicio historiográfico con relación al papel de la clase obrera en las ciudades, al llamarla "autor civil escenario de la lucha armada". Sin embargo, el relato no excede estos límites, en tanto no se propuso postular como una petición de principio la "misión histórica" de la clase obrera o de ninguna otra clase en particular. Como argumentamos en el curso de esta reflexión, desde el punto de vista metodológico es muy difícil atribuir una actuación dominante o excluyente a una clase

con relación a otra, en un movimiento en el cual una sola de éstas pudo haber frustrado los resultados del proceso histórico, y en el que las clases constitutivas del pueblo se movilizan en su conjunto, por su cuenta, y desempeñan de manera sucesiva un papel puntero en distintos momentos de la lucha común sostenida contra la dictadura proimperialista.

Winocur realiza un fino análisis a propósito del desempeño de la clase obrera, al tiempo que describe con rigor conceptual y fluidez expresiva, la participación de los trabajadores en la lucha contra la dictadura. En la medida que relata la trayectoria de las huelgas protagonizadas por los obreros cubanos, el lector se convence de la imposibilidad de historiar el proceso revolucionario sin tener en cuenta su creciente accionar. Así, en cada movimiento huelguístico, el autor señala quiénes convocaron el paro, qué propósitos tenía, qué función realizó en el decursar del proceso revolucionario y cuáles fueron sus resultados.

El valor fundamental del estudio monográfico de Winocur radica, por consiguiente, en el tratamiento de conjunto con relación a la participación histórica de las distintas "clases olvidadas" por el análisis historiográfico.

Una de las primeras interpretaciones reduccionistas, desde el punto de vista clasista, es el ensayo Anatomía de una revolución, de Leo Huberman y Paul M. Sweezy. En realidad el libro, tiene más bien el carácter de un reportaje o de un recuento de información dispersa, agrupada en torno a ciertos criterios marxistas. Sin embargo, esta primera aproximación de los prestigiosos científicos sociales estadounidenses a la Revolución Cubana no estuvo a la altura del reconocimiento internacional alcanzado por su influyente obra. Sweezy y Huberman interpretaron el proceso revolucionario cubano como la obra de un campesinado con inclinaciones colectivistas, dirigido por un grupo de guerrilleros urbanos. Estos últimos no harían otra cosa que representar los intereses de su base social campesina. De hecho, la columna vertebral del Ejército Rebelde de la Sierra Maestra y en la región montañosa del II Frente Oriental estuvo integrada, en lo fundamental, por proletarios

rurales, precristas y jóvenes procedentes de las ciudades, no por campesinos. Las fuentes consultadas por los investigadores mencionados no parecen haber sido de fiar en más de un sentido.

La definición de la naturaleza de la revolución por estos autores es, no obstante, tan respetable como cualquier otra. Ellos le atribuyen un determinado carácter clasista al proceso revolucionario, basados en su criterio de que en la época, las políticas principales de la revolución estaban relacionadas con la Reforma Agraria. Como los campesinos eran la clase beneficiada fundamentalmente por esta orientación, entonces la revolución debía ser definida como una revolución campesina. Sucedió, sin embargo, que dos años después, ésta adquiría un carácter obrero con la nacionalización de las industrias. La debilidad del enfoque metodológico de estos autores radica, por consiguiente, en no tener en cuenta el conjunto de clases en representación de las cuales se ejercía el poder revolucionario.

Ya desde 1959, José A. Tabares se planteaba que la revolución cubana había sido dirigida por una pequeña burguesía. (Tabares: 1959-1965). El dirigente revolucionario veintiseísta no tenía reparos en aseverar lo que para otros hubiera significado una herejía. Para él todo parecía evidente: la mayoría de los jóvenes dirigentes del Movimiento 26 de Julio, con los que se relacionó en la capital, no eran burgueses ni proletarios, no tenían una ideología marxista, ni de burguesía dependiente, por lo que debían ser considerados pequeños-burgueses. Su evolución hacia posiciones socialistas, en la década del 60, significaba que sólo se habían suicidado como clase. Tabares definía a la revolución como una revolución pequeño-burguesa, pero a contrapelo de Draper y otros, que criticaban a la dirigencia veintiseísta por haber traicionado supuestamente a la clase media, el historiador cubano destacaba la conversión de la pequeña burguesía, por su propia voluntad, al socialismo y subrayaba el carácter histórico positivo de este cambio.

La validez de este tipo de aseveraciones tiene, desde luego,

sus límites. La pequeña burguesía, como clase, constituía parte de la vanguardia revolucionaria de los años 50, pero resulta muy difícil aseverar con posibilidades de éxito que llegara a constituir el sector mayoritario o dirigente de ésta.

Tomemos por ejemplo el caso de los asaltantes de cuartel de Moncada, vanguardia original del proceso revolucionario. La evidencia histórica avala el criterio expuesto por Fidel Castro, en el sentido de que el núcleo dirigente tenía formación y un programa marxista. Por otra parte, una dirigencia política no se define por su extracción social, sino por su proyecto social.

En cuanto a los expedicionarios del "Gramma", el testimonio de Faustino Pérez concuerda con las investigaciones realizadas, en el sentido de que la mayor parte de aquéllos eran jóvenes humildes procedentes de las clases laboriosas.

Como es sabido, las dirigencias originales del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba (Frank País, Pepito Tey, Félix Pena, Vilma Espín, Laster Rodríguez) o del Directorio Revolucionario en La Habana (José Antonio Echevarría, Fructuoso Rodríguez, Faure Chomón, García Olivera y demás miembros de la Federación Estudiantil Universitaria) eran estudiantes. Ahora bien, resulta imposible identificar social e ideológicamente al estudiantado y a la pequeña burguesía. No sólo la procedencia social de los estudiantes era sumamente heterogénea, sino que su ideología se precisaba, de manera esencial en términos de la coyuntura histórica y no de la estructura social, o sea, su ideología no podía confundirse con la ideología de las distintas clases de las que provenía. En todo caso, los estudiantes se distinguían por el programa revolucionario coyuntural que abrazaban. En el caso de los estudiantes santiagueros su programa era el de Moncada y el del Manifiesto No. 2 del Movimiento 26 de Julio, el de "una revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes". Los del Directorio Revolucionario postulaban, entre sus principios básicos, la democracia, el antimperialismo, y el socialismo. De todos modos, estos programas se pronunciaban por el establecimiento de un poder nacional popular, de orientación con un proyecto marxista-leninista (stalinista) de

dictadura del proletariado.

Desde luego, de acuerdo con los datos censales, la mayoría de los jóvenes de la época, en las edades comprendidas entre los 18 y los 25 años, eran desempleados, o bien, ocupados eventualmente, por lo que era probable que las dirigencias revolucionarias incluidas en esas edades, a nivel regional o local, se encontrasen en realidad en la categoría de jóvenes proletarizados y no en la de proletarios o pequeños burgueses.

Todavía no se han publicado estudios de procedencia clasista, basados en los expedientes de la lucha clandestina; pero una diversa cantidad de testimonios históricos, recogidos en entrevistas aparecidos en publicaciones periódicas, sugieren que la militancia y la dirigencia se distinguían por la heterogeneidad de su extracción clasista.

En cuanto a la formación ideológica de los grupos dirigentes del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Revolucionario, uno de los criterios para conceptualizar sociológicamente fue no sólo su proyecto, sino también su toma de partido por el proyecto socialista en todas sus contingencias, por lo que su orientación siempre tuvo un carácter no capitalista.

La definición negativa de Marx, en el sentido de que los sectores no productivos de la pequeña burguesía -sus ideólogos y representantes literarios- no se definían por un interés egoísta de clase, o por su identificación estrecha con los sectores productivos, "los bodegueros", sino porque "su cerebro no podía sobrepasar los límites que el pequeño-burgués mismo no sobrepasa en su vida y, en consecuencia, se ven teóricamente empujados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a las cuales su interés material empujan a, prácticamente, todos los burgueses", no es siquiera aplicable a las dirigencias estudiantiles y a los representantes ideológicos del movimiento revolucionario cubano. (Marx, 1965: 269). En realidad, estas definiciones matizadas, no esquemáticas de Marx, en tanto tenían en cuenta el carácter ideológico difuso y vago de los representantes de la pequeña burguesía, su indefinición conceptual, no pueden hacerse extensivas a las dirigencias políticas cubanas en la década del 50. De hecho, las

vanguardias moncadistas y del Directorio sobrepasaban en su cerebro los límites que el pequeño burgués mismo no sobrepasaba en su vida”, y no se vieron reducidos “a los mismos problemas y a las mismas soluciones a las cuales su interés material” y su situación social empujaban como a “todos los burgueses”, en tanto se identificaron con el proyecto de una revolución de orientación socialista. En otras palabras, si las dirigencias revolucionarias no estaban condicionadas por las determinaciones procedentes de la pequeña burguesía, y sobrepasaban sus límites ideológicos sin verse obligados a sus soluciones, es porque no respondían ni se encontraban identificados orgánicamente con esa clase. De hecho, estas vanguardias representaban en su conjunto, a las clases integrantes del frente nacional popular, en el cual participaban en mayoría los sectores proletarizados, obreros y campesinos.

Debemos señalar, por último, que Tabares no fundamentó las razones que determinaban lo que ha dado en llamarse el suicidio de la pequeña burguesía. La radicalización revolucionaria, a la que hace referencia, no está explicada. Una vocación al suicidio en la pequeña burguesía, parece sólo dar cuenta de su conversión al socialismo. Así, sola, de notu proprio, sin compartir con ningún otro protagonista histórico la dirección del movimiento revolucionario, la pequeña burguesía haría mutis del escenario nacional.

A pesar de estas limitaciones en su análisis, Tabares da cuenta de la existencia de condiciones revolucionarias en los años 50 y 60 para el tránsito al socialismo, cuando sostiene que la dirección política dio cumplimiento a las expectativas del proletariado, el campesinado y otros sectores del bloque nacional popular. Estas clases deseaban los cambios revolucionarios que tuvieron lugar, pero no podían, ni tenían capacidad para dirigirlos.

En 1965 se publicaba en Estados Unidos lo que sería la versión oficial del Departamento de Estado, por muchos años, acerca del carácter de la Revolución Cubana. Su autor, Theodore Draper, sintetizaría sus puntos de vista a propósito de “la revolución traicionada”, en los siguientes términos: “La

revolución cubana fue esencialmente, una revolución de la clase media que ha sido utilizada para destruir a la clase media". En esta tesis, como en otras valoraciones historiográficas, se definirá la naturaleza del movimiento revolucionario cubano teniendo como base alguna de las políticas seguidas por la dirección revolucionaria, en consecuencia con los intereses de cierta clase social en un momento determinado, en lugar de tener en cuenta, la influencia que han tenido, o el grado de participación de estas clases en las distintas etapas del proceso histórico, en la elaboración de las orientaciones y directivas revolucionarias. (Farber, 1976: 14).

A los efectos de demostrar su tesis, Draper se basa en algunos documentos de la dirigencia revolucionaria con Raúl Chibás y Felipe Pazos. Pudo haberse apoyado en "La Historia me Absolverá" o en los Documentos 1 y 2 del Movimiento 26 de Julio, y las conclusiones hubieran sido diametralmente opuestas, pues el carácter nacional popular, de orientación democrática revolucionaria de estos documentos rebasan los límites estrechos de un movimiento pequeño-burgués. De igual modo, los pronunciamientos hechos después de 1959 y la realización del Programa de Moncada desmienten el supuesto carácter pequeño-burgués de la revolución cubana. Los sucesivos cambios en las orientaciones y directivas revolucionarias no permiten al historiador deducir que en el curso de un movimiento revolucionario su dirigencia estuviera vinculada exclusivamente a una u otra clase. La realidad es que la dirección revolucionaria representó en el curso de la lucha contra la dictadura de Batista a un frente único de clases y si es cierto que en determinadas coyunturas pareció apoyar los intereses de las clases medias en su conjunto, no puede aseverarse que defendiera exclusivamente estos intereses, una vez que avocó distintas políticas en distintos momentos. Por otra parte, la supuesta defección con relación a la clase media hubiera constituido la dirección de un partido político organizado en torno a un programa ideológico vinculado irrevocablemente a esa clase. Sin embargo, en el curso del proceso revolucionario, fue aceptada como tal por su membresía de

origen pequeño-burgués, sin que se plantease por este sector ejercer un control en las orientaciones o en el programa revolucionario (Farber, 1976: 160).

La llamada "diserción" se torna inaceptable, en la medida que después del triunfo revolucionario de 1959 la mayor parte de esa clase resultó beneficiada por las medidas revolucionarias e incluso tomó parte activa en los cambios que tenían lugar, siendo afectada por las transformaciones sociales sólo el sector acomodado de esa clase.

Con el propósito de reforzar su tesis acerca de "la revolución traicionada", Draper argumenta, basado en los criterios de altos funcionarios de los gobiernos de Prío y Batista, que "la economía cubana estaba en condiciones de una relativa prosperidad" y que la clase obrera había sido objeto de tantas concesiones por parte de esos gobiernos "que podía considerarse una clase relativamente privilegiada", cuando esa situación podía atribuírsele sólo a un sector de la clase obrera de la capital. De ahí que para este autor no había razones que justificasen los cambios que tuvieron lugar después de 1959, y menos aún los que beneficiaban a la clase obrera. A los efectos de reforzar su tesis de la "traición revolucionaria", Draper recurrió al concepto de carisma de Max Weber. He aquí un ejemplo de cómo utilizó el concepto: "Cuba no probó que una nación latinoamericana podía escoger el consumismo deliberadamente; probó, si todavía hace falta probarlo, que un líder carismático puede hacer que una nación escoja casi cualquier cosa, incluso negando que él lo está escogiendo por ella... el carisma de Castro... abarcaba todas las clases; él estableció una relación con las masas principalmente con su persona, no con sus ideas." (Draper 1965: 127).

De esa manera se tergiversa el concepto de carisma de Weber refiriéndose exclusivamente a ciertas cualidades personales, sin tener en cuenta las ideas, programas o acciones del dirigente popular. La revolución que encabezaba Fidel Castro no hacía más que cumplir las aspiraciones de las clases fundamentales del pueblo cubano. Así lo reconocieron testigos tan destacados de las ciencias sociales occidentales como C.

Wright Mills, Howard Zinn y J.P. Sartre al afirmar que Fidel Castro respondió esencialmente a sentimientos nacionalistas y populares cubanos.

Al parecer la crítica historiográfica a la hipótesis de Draper indujo a este autor a plantear que, en un trabajo subsiguiente, la revolución cubana había sido la obra de un grupo desclasado y no de la clase media como sostuvieron previamente. (Draper, 1965).

De acuerdo con el esquema clasista e ideológico de la historiadora oficial soviética N. Okunieva, un proletariado, fuerte y organizado como clase, habría desempeñado un papel movilizador y de vanguardia del proceso revolucionario cubano. Paralelamente a la aseveración de que en la sociedad neocolonial cubana predominaba un proletariado moderno y desarrollado, se postulaba la existencia de una burguesía atrasada, con un débil desarrollo económico (Okunieva, 1988: 10, 80).

La autora rechazaba como burguesas todas las hipótesis que definían a la sociedad neocolonial cubana, desde el punto de vista de su estructura clasista, como una sociedad pequeño burguesa, sin tener en cuenta las hipótesis de algunos estudiosos marxistas cubanos que la denominaban de ese modo. Otras tesis, a propósito de la importancia y del carácter dirigente de la clase media en el plano político, eran definidas perentoriamente por la autora, como propias de pensadores burgueses. El método empleado tenía por objeto denostar ideológicamente las obras objeto de la crítica.

Debe señalarse, no obstante, que Okunieva fundamentó fehacientemente la situación de deterioro económico y social de la clase obrera contra los criterios de algunos defensores de la tesis del carácter burgués del proceso revolucionario, así como de la situación privilegiada de la clase obrera en su conjunto. (Okunieva, 1988: 21-24).

A los efectos de explicar la contradicción entre el postulado marxista de que todo movimiento revolucionario conducente al socialismo debía ser protagonizado por el partido comunista, de acuerdo con la llamada misión histórica de la clase obrera,

y el hecho que el movimiento fuera en realidad dirigido por fuerzas democrático-revolucionarias, no insertadas orgánicamente en las luchas y reivindicaciones del proletariado, a pesar de su orientación socialista, Okunieva adoptó la tesis de Carlos Rafael Rodríguez. La explicación de esta aparente paradoja se hallaría, de acuerdo con la autora, en el hecho de que aún cuando la dirección moncadista “no era comunista, estaba sometida a la profunda influencia de las ideas marxistas-leninistas y durante la lucha compartía cada vez más la ideología del proletariado y su línea política, lo que favorecería el fortalecimiento de la dirección de la revolución por la clase obrera y el afianzamiento de su hegemonía, ya en la primera etapa, la democrática, de la revolución” (Okunieva, 1988). Aún cuando la influencia de las ideas de los clásicos del marxismo se hacía sentir cada vez más en la práctica de la dirigencia moncadista, es preciso destacar que éstas no deben confundirse con la ideología y la línea política de la clase obrera cubana, en un momento determinado de su historia. De hecho, si hubo un acercamiento a la orientación y a la línea del movimiento revolucionario que tenía lugar en el país, fue por parte del partido comunista cubano cuya línea política lo había mantenido al margen de las principales fuerzas de cambio. Si de alguna hegemonía pudiera hablarse, sería en todo caso la de las ideas de los clásicos del marxismo, y no las de la línea política de las organizaciones del proletariado.

En el curso de su exposición la autora insiste reiteradamente en el papel dirigente de los actores calificados del proletariado industrial urbano. Consecuente con ese criterio no vacilará en afirmar, a propósito de estos sectores, con relación a otras clases que, “poseían un espíritu más revolucionario, estaban más estrechamente vinculados al movimiento sindical, disponían de una cultura política más elevada y mostraban un mayor interés por resolver los problemas nacionales y hallar las vías para conseguirlo.” (Okunieva, 1988: 96). En realidad los movimientos huelguísticos que tuvieron lugar durante la lucha contra Batista revelan que en el sector mayoritario del proletariado industrial calificado urbano radicado en la Habana,

participó de manera activa en estas luchas, sólo al final de la dictadura. En el interior del país, donde se manifestaron con mayor vigor y decisión las luchas de la clase obrera, estos sectores no desempeñaron un papel protagónico, sino más bien los procedentes de un sector terciario, del transporte y de las pequeñas manufacturas artesanales.

Las posiciones obreristas de Okunieva se ponen de manifiesto cuando afirma, "...La Revolución Cubana mostró que todo lo verdaderamente revolucionario que hay en las posiciones de las clases medias proviene del proletariado y su ideología". (Okunieva, 1988: ). Este tipo de aseveraciones apodísticas no contribuyen a esclarecer el conjunto de razones intrínsecas a la posición de las clases medias en la sociedad neocolonial, que las llevaban de por sí a luchar contra la penetración imperialista y que tenían un carácter genuinamente revolucionario. En otras palabras, el antimperialismo y el carácter democrático revolucionario propio de las clases medias en los países neocoloniales, proceden, ante todo, de sus luchas por liberarse de los vínculos de la dependencia, de la posición subordinada a la que se encuentran sometidas por el capital financiero. Fueron precisamente estas razones las que determinaron el tránsito de estas clases al socialismo. Aun cuando la clase obrera influyó en los cambios que tuvieron lugar en las clases medias, no puede inferirse de esto que todo lo revolucionario de las clases medias se derivase de este influjo. A su vez, las posiciones de las clases medias en los países dependientes inciden sobre las posiciones de la clase obrera en determinadas coyunturas en un sentido revolucionario.

Con el propósito de demostrar el carácter hegemónico de la clase obrera en el movimiento revolucionario nacional popular, dirigido por el Movimiento 26 de Julio, Okunieva reprodujo una larga relación de combatientes, a los que les atribuía una condición proletaria. Un análisis detenido de la filiación clasista y la biografía política de estos jóvenes revelaría que eran subempleados o desempleados, que ocasionalmente encontraban ocupación por un corto período de tiempo. De ahí

que el intento de definir la ubicación social de los jóvenes proletarizados, a partir del último oficio desempeñado de manera ocasional, constituye un procedimiento arbitrario. La abrumadora mayoría de los jóvenes proletarizados, empleados o subempleados, no puede definirse como obreros o proletarios. El intenso proceso de proletarización desarrollado en la Cuba de los años 40 y 50, en la medida que no fue acompañado por un proceso de industrialización, no coadyuvó a la formación de una clase obrera. De hecho, el proletarizado no constituye un tipo integrado articulado a las clases sociales; éste se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, pero no encuentra empleo fijo ni establece, por lo cual, no llega a formarse en los hábitos laborales, ni en la mentalidad del obrero. Del mismo modo, puede decirse que el proletarizado no es un pequeño-burgués, pues aún cuando encuentra ubicación transitoria como pequeño productor o comerciante, o se vincule eventualmente a la economía informal, el carácter inestable, trashumante de su actividad económica le impide formarse a cabalidad una mentalidad de pequeño propietario. Lo típico, en todo caso, es que el proletarizado, en fin de cuentas, termine sus días como obrero o pequeño-burgués, o bien oscile durante toda su existencia entre un empleo asalariado eventual o una actividad "por su cuenta" transitoria.

El relato historiográfico del soviético O. Darushenkov, El camino de la revolución constituye una descripción de los principales acontecimientos de la revolución cubana. El autor pone un especial énfasis en la relación detallada de las luchas del Ejército Rebelde en las montañas y en los hechos en los que intervino el Partido Socialista Popular, así como en los documentos programáticos explicativos de la conducta de esa organización. Las luchas clandestinas en las ciudades del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Revolucionario son tratados superficialmente. No se valora tampoco en su justa dimensión los resultados del asalto al Palacio Presidencial, al que se caracteriza como un hecho que "provocó víctimas innecesarias". El autor se atiene en lo fundamental a un esquema valorativo del papel de las clases sociales cercano al

de Okunieva, aún cuando difiera de este en algunos aspectos. Así le atribuirá un papel dirigente a las capas más radicales de la pequeña burguesía. De acuerdo con su percepción del proceso revolucionario y de clase media, "... los más influyentes de sus dirigentes, guiándose por los principales postulados de la teoría marxista leninista, orientaron su actividad hacia el desarrollo de un amplio movimiento de masas."

Con relación a la actitud de la burguesía doméstica, el autor la define como la de una clase "nacional, ocupando posiciones benévolas con relación a la lucha contra el régimen dictatorial, en virtud de su propensión a la conciliación, cuando sería más justo explicar que el sector mayoritario de esa clase hizo causa común con la dictadura, mientras sectores regionales en las provincias centrales y orientales constituyeron un factor activo en el movimiento revolucionario. A diferencia de Okunieva, quien ponía el acento en el papel hegemónico de los trabajadores clasificados, Darushenkov le atribuía a los trabajadores agropecuarios compatir con el proletariado urbano el papel principal en el movimiento revolucionario y sentir con más agudeza la penetración imperialista. (Darushenkov, 19: 207).

A diferencia de otros autores marxistas que hipostasiaban la misión del proletariado en la realidad histórica nacional, Carlos Rafael Rodríguez, en su ensayo Cuba en el tránsito al socialismo. 1959-1963, se planteará que su predicamento se tornó hegemónico, o se ejerció, no mediante la acción de la clase obrera como tal, en la cual hubo, sin duda, "síntomas de pasividad", sino de una vanguardia revolucionaria, la cual, a pesar de no encontrarse orgánicamente vinculada a las luchas históricas del proletariado, no constituían una dirección pequeño-burguesa. A través de esta vanguardia revolucionaria se expresaría "la hegemonía del proletariado", o sea, "sus intereses e ideas", las que se tornarían dominantes en el curso del proceso revolucionario. De acuerdo con esta tesis, la hegemonía de la clase obrera no era un hecho físico, que implicase su realización mediante una dirigencia política de extracción proletaria. El análisis de la composición del Consejo

de Ministros y de la dirección del Partido Bolchevique ruso, evidencia que la presencia obrera era minoritaria y que la mayoría de sus integrantes procedían de la intelectualidad.

En cuanto a los síntomas de pasividad referidos que le asignarían un papel no protagónico a la clase obrera, su origen habría que buscarlo no sólo en la desunión de las fuerzas revolucionarias sino también en "...circunstancias objetivas que surgían particularidades...de la situación económica prerevolucionaria cubana". Los obreros cubanos percibían los salarios más altos de América Latina y estaban asegurados en sus empleos por las conquistas históricas de las dirigencias sindicales comunistas. De ahí que exigiesen garantías "de organización y seriedad antes de lanzarse a un movimiento de huelga", lo que "hasta después de abril de 1958 paralizó la fuerza potencial de un proletariado que era uno de los más activos y concientes de cualquier país del mundo". El autor no lo señala, pero está claro que en las condiciones descritas, el proletariado cubano no podía desempeñar un papel de vanguardia. Ahora bien, de acuerdo con el autor desde 1955 se había puesto de relieve la potencialidad revolucionaria de la clase obrera con motivo de la huelga por el diferencial azucarero y en 1958 el proletariado urbano contribuyó poderosamente al derrocamiento de la dictadura al decretar la huelga general.

Si bien en el texto aludido se explica las condiciones en las que se expresaba la hegemonía del proletariado, en lo que se refiere al papel desempeñado por la pequeña burguesía se formulan tan sólo algunas generalizaciones. En ese sentido la incursión del autor en el pensamiento de Amílcar Cabral, a los efectos de valorar la función histórica de la pequeña burguesía en los países coloniales y dependientes, le servirá para comprobar "la insuficiencia orgánica de esta clase para constituir por sí misma la fuerza dirigente que con sus propias ideas y su fuerza social propia, condujera hasta el fin una revolución socialista". En todo caso, su destino histórico estará conformado por el siguiente dilema: la traición a la revolución o su suicidio como clase, para transformarse en proletariado. La conclusión a la que finalmente llega es que las posibilidades revolucionarias

de la pequeña burguesía no habían sido estudiadas con suficiente profundidad por el movimiento comunista, al tanto se admitían sólo esas potencialidades para un grupo excepcional” y no para “una parte importante de la pequeña burguesía”. De ahí que el autor se propusiera explicar, en parte, el proceso de asimilación del marxismo en la sociedad cubana, a partir de una de las capacidades revolucionarias de la pequeña burguesía en la década del 50. El concepto de sociedad pequeño-burguesa formulado por Carlos Rafael Rodríguez en los años 40, con el propósito de definir estructuralmente a la sociedad neocolonial cubana, conserva su vigencia en este texto. Si bien se niega que esta clase desempeñe, de por sí, un papel dirigente, protagónico, en el proceso revolucionario en los 50, se le cuenta entre las fuerzas decisivas en la lucha política. En este sugerente ensayo no se valora, sin embargo, la dimensión real que tuvo el proceso de proletarización en la Revolución Cubana. En ese sentido, los análisis clasistas de Carlos Rafael Rodríguez, a pesar de sus innegables aportes, se mantienen dentro de un esquema clásico.

La socióloga Vania Bambirra, en su precursor estudio La Revolución Cubana: una reinterpretación (1973), se planteó esclarecer en el plano conceptual cuál era la clase hegemónica en el curso del proceso insurreccional. Así, en un primer momento, la autora le atribuirá a la clase obrera haber desempeñado un “importante y definitivo papel” en la lucha contra la dictadura de Batista. La estrategia veinteseista, de acuerdo con Bambirra, fue concebida originalmente “como una insurrección urbana basada fundamentalmente en la clase obrera”. En el curso de su exposición, la autora ratificará sus criterios cuando afirma que el proletariado “era considerado por la dirigencia insurreccionista como la fuerza motriz del proceso revolucionario”. En cuanto al tratamiento que se le da a la pequeña burguesía en esta obra, es justo destacar que la autora parece haber confundido el papel protagonizado por ella con el de la clase obrera. Como hemos podido apreciar, en diferentes momentos de su discurso, Bambirra reiterará su tesis del protagonismo de la clase obrera en la lucha

revolucionaria. Ahora bien, en otras partes del texto afirmará: "Cuba demuestra no solo cómo un sector de esta clase social (la pequeña burguesía) puede dirigir un proceso revolucionario sino además, sus potencialidades de evolución y autosuperación, cuando en alianza con el proletariado y el campesinado pobre, una gran parte de la pequeña burguesía asuma como suya la perspectiva socialista", (Bambirra, 1973: 34).

En el texto se toma partido también por el esquema clásico de acuerdo con el cual una revolución si no es pequeña burguesa debe ser campesina, o proletaria. Así, se adoptan los criterios de Tabares cuando se asevera que en el Movimiento 26 de Julio, predominaba los elementos procedentes de la pequeña burguesía". Del mismo modo se suscribe el criterio del colega cubano al que se cita en el sentido de que a la pequeña burguesía le correspondió "iniciar la lucha, sentar sus metas, sus objetivos, su estrategia y su táctica" (Bambirra, 1973: 25). Tal como aparecen descritos los roles desempeñados por la clase obrera y la pequeña burguesía, ambas clases parecen haber compartido la hegemonía en el curso del proceso insurreccional. Sólo si el concepto de fuerza matriz atribuido a la clase obrera se limitase al de una base que engendra y le da sustento y permanencia a los cambios históricos, y no al desempeño de un papel dirigente o impulsor. Pudieran ser entendidos los planteamientos de la autora. En ese caso, la pequeña burguesía habría estimulado, provocado y dirigido la intervención de la clase obrera en la lucha antibatistiana, cuyo accionar habría engendrado y le habría impartido una fuerza decisiva al movimiento revolucionario.

Es preciso que aclaremos, sin embargo, que los obreros no participarían, como tales, o sea como clase que aspiraba al poder político, sino como partes integrantes del pueblo en las huelgas políticas convocadas por la dirección veintiseísta en septiembre del 57, abril del 58 y enero del 59. De lo que se trata, entonces, es de esclarecer hechos decisivos en el curso del proceso revolucionario: los llamamientos a la huelga general de la vanguardia de jóvenes proletarizados de procedencia

pequeño-burguesa y obrera del Movimiento 26 de Julio, no de la pequeña burguesía, se propusieron movilizar e instrumentar el potencial revolucionario de la clase obrera frente a la dictadura. La clase obrera, por consiguiente, no desempeñó un papel de vanguardia, hegemónico en el sentido de que, por sí y para sí, por medio de sus propios organismos de clase, dirigiera y convocara al resto del pueblo frente a la tiranía. En realidad el movimiento que se nuclea y organiza desde un principio, era un movimiento nacional popular en el que estaban presentes las clases fundamentales del pueblo, pero no en tanto clases, no como resultado del poder organizativo autónomo de ninguna de éstas, sino de las aspiraciones colectivas del pueblo en su conjunto. Para que se constituyese un movimiento nacional popular era preciso una vanguardia que le imprimiese una orientación contraria a la del bloque de poder oligárquico y organizara la lucha en función de la conquista del poder para las clases constitutivas del pueblo. El tipo de movimiento que se constituirá será la forma de expresión política del bloque nacional-popular cuando no se han consolidado organizaciones autónomas clasistas que ejerzan una hegemonía indisputada y se planteen la conquista del poder para sí. Consecuentemente con su hipótesis de que la pequeña burguesía como clase desempeñaba el papel dirigente en el proceso revolucionario, Bambirra se planteará en los marcos de su esquema clásico que una vez que en Cuba no había una burguesía nacional capaz de enarbolar un proyecto nacional burgués de transformaciones frente al dominio neocolonial, era lógico que fuese suplantada por una pequeña burguesía radical, cuya vanguardia política se propusiera llevar a cabo ese tipo de cambio. Así, según la autora, no se trata de demostrar cómo ha sucedido eso, sino partir de ese hecho para explicar por qué en Cuba "las tareas democrático-burguesas son planteadas por la pequeña burguesía."

El corolario de esa afirmación será, por consiguiente, "la concepción revolucionaria del 26 de Julio es la expresión de un proyecto burgués formulado por un sector que corresponde a lo más radical de la pequeña burguesía", (Bambirra, 1973:

31). Por último se planteará contradictoriamente que “la ideología pequeña-burguesa conformaba el carácter del movimiento y su programa.” (Bambirra, 1973: 99). Nos encontramos de nuevo con una contradictio in adjectio: el proyecto moncanista no podía ser a la vez burgués y pequeño-burgués. De hecho las medidas revolucionarias anunciadas por los asaltantes del Moncada afectaban seriamente los intereses de la llamada burguesía nacional, en especial su sector más progresista, el industrial, al plantearse la distribución de un 50% de sus beneficios a la clase obrera. En realidad el programa revolucionario no incluía ninguna de las demandas y reivindicaciones de la burguesía doméstica de la época. En otras palabras, la vanguardia moncadista no se proponía siquiera representar los intereses de esa clase frente al dominio neocolonial norteamericano, sino sólo los intereses de conjunto de las clases constitutivas del pueblo. En ese sentido no puede aseverarse que el movimiento tuviese una orientación democrático-burguesa, subyacente, en el sentido que representase fundamentalmente los intereses de la burguesía e hiciera suyos, secundariamente, las aspiraciones democráticas de las clases subalternas.

El programa moncadista tiene, por consiguiente, una orientación democrático-revolucionaria en tanto hace suyas las aspiraciones de la juventud proletarizada, las clases medias, el proletariado y el campesinado, sin privilegiar a ninguno de estos sectores con respecto a los otros. A la vez que proponía un desplazamiento de la oligarquía y la burguesía dependiente por las clases constitutivas del pueblo en la dirección del Estado. Lenin diferenciaba nítidamente a un movimiento democrático-revolucionario de un movimiento democrático-burgués en la medida que el primero tendía a beneficiar a las clases populares en oposición o independientemente de los intereses de la burguesía.

La revolución social que se proponía realizar Fidel Castro, como ha destacado Carlos Rafael Rodríguez, tendía a identificarse en sus contornos generales con los de una revolución socialista.

Los principales aportes de Bambirra a la historiografía de la revolución cubana, lo constituyen su reconstrucción del período comprendido entre el 30 de noviembre de 1953 y abril de 1958. Hasta entonces no se había valorado el papel hegemónico desempeñado por la dirección veintiseísta en la clase obrera, ni la estrategia diseñada por Fidel Castro y Frank País para la conjunción del esfuerzo armado insurreccional y la huelga general. Luego de reproducir una variedad de documentos escritos por Fidel Castro, Frank País, Raúl Castro y Faustino Pérez, en los que se orientaba la preparación de una insurrección popular, coronada por una huelga general, Bambirra, destacaba las concepciones y los métodos de lucha de mesas de la vanguardia revolucionaria cubana. Durante este periodo, el escenario principal del movimiento insurreccional lo constituían las ciudades y "... la forma de lucha principal era el levantamiento de las masas obreras en la huelga misma, complementada por el sabotaje, en el cual los obreros desempeñan un gran papel." (Bambirra 1973:57). En este lapso de tiempo, la organización de las milicias de la nación armada y de la clase obrera y su preparación para la huelga general constituían el objetivo estratégico principal del movimiento revolucionario veintiseísta, mientras que la guerrilla simbolizaba el heroísmo revolucionario y constituía el paradigma más eficaz para movilizar a los revolucionarios en todos los frentes de la Isla. Por eso, Bambirra, afirma, con razón: "El Movimiento 26 de Julio... no fue un grupúsculo, cuya función principal era apoyar a las guerrillas, sino una organización de tipo partidaria, con una amplia base social diseminada en toda la Isla, con una estructura orgánica y bastante eficiente, orientada en buena medida hacia el trabajo junto a la clase obrera". (Bambirra, 1979: 19).

De ese modo se destacaba la participación de la vanguardia pequeño-burguesa y de la clase obrera en las ciudades, frente a las tesis foquistas de Régis Debray, de acuerdo con las cuales la guerrilla rural, integrada por intelectuales, proletarios agrarios y campesinos, habría sido, a partir del desembarco del "Granma", la protagonista revolucionaria única de la lucha

popular contra la dictadura. Si bien los juicios historiográficos de la autora son discutibles, en tanto le concede un papel hegemónico a pequeños burgueses y proletarios, y no tiene en cuenta el actuar de otras clases, su reconstitución del proceso revolucionario permite valorar, en su justa dimensión, el alcance y la importancia de la movilización de estas clases en las ciudades. A nuestro modo de ver, el principal mérito de esta monografía consiste en que ratifica una vez más, el criterio de que en la Revolución Cubana no es aconsejable realzar la participación de unas clases y grupos en detrimento de otros, dada la importancia crucial del accionar de éstas en su conjunto, hasta el punto que la exclusión de cualquiera de ellas hubiera afectado lo resultados finales de la lucha.

En la medida que en la obra reseñada se describen las concepciones frentistas y los métodos de lucha armada de las organizaciones de la nueva generación revolucionaria, el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario, se desvanecen los criterios sustentados por la oposición legal a la dictadura, en el sentido de que las dirigencias insurreccionales estaban dominadas por ideas terroristas, putehistas y aventureristas. Así, de acuerdo con la autora, las concepciones veintiseistas no debían considerarse putehistas, pues “tenían como objetivo paralizar el aparato represivo de la tiranía”, así como “movilizar y armar al pueblo para así tomar el poder. Por consiguiente la estrategia del movimiento en el curso de la lucha era “más bien insurreccionalista, en el sentido de insurrección urbana, a través del levantamiento de las masas trabajadoras”. (Bambirra, 1979: 38).

Consecuente con ese punto de vista, Bambirra define el asalto al Palacio Presidencial, dentro de la misma estrategia de insurrección popular, no putehista, del asalto al Cuartel Moncada. Tal como anunciaron las dirigencias revolucionarias moncalistas y del Directorio, una vez se tomaran esos enclaves, se entregarían armas al pueblo se le prepararía para un enfrentamiento con las fuerzas de la dictadura. Aún cuando ella le atribuye un “importante y definitivo” protagonismo a la clase obrera en la lucha contra Batista y define su participación

como hegemónica, en ningún momento parte de posiciones obreristas y de exclusivismo proletario en sus análisis. De hecho, la participación obrera en la revolución cubana, no estará determinada por las condiciones de vida de ésta, ni por sus demandas sectoriales clasistas, sino también por la situación global que atraviesa la sociedad neocolonial. Basada en los criterios de Rosa Luxemburgo, la autora se plantea que las huelgas no son el resultado de consignas sindicales o de las orientaciones de las dirigencias de un proceso revolucionario sino como "un fenómeno histórico que se produce en un momento dado por una necesidad histórica surgida de las condiciones sociales". Ahora bien, lo decisivo en cuanto a la Huelga General, es que está determinada en gran medida, por la situación revolucionaria de conjunto prevaleciente en todas clases y grupos sociales, y no sólo por las condiciones existentes en la clase obrera. De esa manera, el proceso revolucionario no podrá ser el resultado exclusivo de movilizaciones huelguísticas, sino que los movimientos de la clase obrera serán el corolario de las condiciones revolucionarias reales en toda la sociedad. Así, a los efectos de evaluar la dimensión de las luchas obreras en el proceso revolucionario, Bambirra suscribirá el criterio de Rosa Luxemburgo, de acuerdo con el cual, "en realidad, no es la huelga en masa la que produce la revolución, es la revolución la que produce la huelga general en masa". (Bambirra 1979;67-68).

Ahora bien, para que los obreros fueran movilizados en los años 50, la dirección veintiseísta, tuvo en cuenta las tradiciones históricas de luchas clasistas y nacionales de la clase obrera. Luego de hacer un recuento de la experiencia acumulada durante décadas, la autora llega a la conclusión de que los llamamientos a la Huelga General, no respondieron a una actitud voluntarista de su parte. El recurso a la huelga fue utilizado con éxito a lo largo del siglo XX por las dirigencias obreras y la convocatoria a la Huelga General, coronó el proceso revolucionario antimachadista. A partir de esas consideraciones se llega a la conclusión de que el movimiento 26 de Julio no se

encontraba aislado, y su estrategia respondía a las tradiciones de lucha clasista de clase obrera, " pues era la expresión de todo un vasto movimiento social, que correspondía a las aspiraciones democráticas y populares de la Isla ." (Bambirra 1979:62.)

En la medida en que los análisis de estos estudiosos valoran ponderadamente el papel de la clase obrera, realizan una crítica consecuente de las interpretaciones y definiciones "burquesas" "pequeñoburguesas" "campesinas", de la Revolución Cubana; pero en tanto, exageran la participación proletaria, en detrimento de otras clases y sectores, dificultan las posibilidades de interpretar con acierto las características del movimiento popular nacional en su conjunto.

Esos autores cuya obra examinaremos a continuación, se plantearon los problemas que se derivaban de la fragmentación y dispersión de la estructura social cubana, así como de la intervención de las clases afectadas por ese fenómeno en la vida política y social del país. En ese sentido, el proceso de proletarianización que incidió en la sociedad neocolonial se reflejó, de una manera u otra, en las concepciones formadas por algunos de estos estudiosos, acerca del proceso revolucionario de los años 50.

Robin Blackburn en su "prólogo a la Revolución Cubana" fue el primer analista del período histórico en formular los problemas resultantes del carácter inacabado o inestable de las estructuras sociales de la sociedad neocolonial cubana y de la debilidad de sus instituciones. El triunfo del pequeño ejército guerrillero de Fidel Castro se debía, de acuerdo con el sociólogo británico, a que la resistencia del ejército de la tiranía, no tuvo como base una clase dominante coherente, dotada de instituciones hegemónicas, capaces de transmitirle convicciones profundas a sus servidores. Tales consideraciones tenían su origen en los criterios del sociólogo estadounidense Lowry Nelson, citado por Blackburn, acerca de la sociedad cubana, la que parecía "no tener fundamentos ni haberse consolidado". De ahí, la necesidad de explicar los hechos que habían dado lugar a ese proceso de disgregación de las

estructuras sociales. De acuerdo con Blackburn, un siglo de repetidos conocimientos había fragmentado y desintegrado radicalmente a la sociedad neocolonial cubana. Así, la Guerra del 95, la expansión de la producción azucarera durante las tres primeras décadas de vida republicana, los ciclos alternativos de auge y represión económica, la opresiva y dislocadora penetración del capital extranjero, habían desordenado la estructura social cubana y transformado en un magma volcánico. Tal sociedad carecía de "formas sociales estables". Tampoco tenía "ninguna estructura institucional o ideológica decisiva. "La burguesía doméstica, por su parte, "no tenía conciencia de sus intereses, ni de su identidad", no practicaba "la solidaridad interclasista (...) ni supo darle forma a ninguna institución". (Blackburn, 1963: 71-75).

Las aseveraciones expuestas a lo largo del ensayo podían ser, cuando más, enunciados de una fecunda hipótesis historiográfica. De hecho, muchos de los supuestos de los cuales partió el joven estudioso serían avalados parcialmente por otras investigaciones monográficas. Ahora bien, el carácter difuso y general de muchas de sus intuiciones sociológicas le impidió fundamentar la lógica subyacente a éstas.

Mario Sabbatini en "Il crollo dell' ordine neocoloniale a Cuba" fue más allá del esquema clásico de la estructura social, para plantearse la trascendencia de determinados estratos y procesos de nuevo tipo en la sociedad neocolonial cubana. El estudioso gramsciano anunció la cuestión historiográfica que, a su juicio, tenía una mayor relevancia para la comprensión del pasado republicano, en los siguientes términos: "El problema central a examinar para la comprensión de la particularidad de la revolución socialista cubana es el fenómeno de la proletarianización, o más simplemente, el del desclasamiento de la clase social intermedia, el cual no debe entenderse de forma mecánica o economicista, y el de la radicalización de la pequeña burguesía, bajo la presión de la "crisis permanente" y general del orden neocolonial". (Sabbatini, 1968:25).

El fenómeno de la proletarianización, en la terminología de Sabbatini, es equivalente o propicia a procesos intensos de

disgregación, desintegración, fragmentación, desestructuración, desestabilización y desclasamiento social. Ahora bien, él no distingue o aclara cuáles son las vías de proletarización. Así, cuando se refiere a este fenómeno, analiza sólo el proceso de ruina y desintegración de la pequeña burguesía. No obstante, este sector apenas constituía un sector más de las masas proletarizadas. La formación de este conjunto en la primera mitad del siglo XX no es sólo el resultado tan sólo de la proletarización de la pequeña burguesía, sino de la existencia de un creciente ejército permanente de proletarizados, en lo fundamental de jóvenes, desempleados habituales y empleados eventuales, cuyos integrantes procedían tanto de la pequeña burguesía, como del campesinado y del proletariado. Sabbatini caracterizó al proletariado de la pequeña burguesía, desde el punto de vista ideológico, de la forma siguiente: "A falta de una integración social establece (al proletariado) le corresponde una falta de ideología precisa, de definitiva y sólida conciencia de clase". (Sabbatini, 1968: 45).

El historiador italiano hacía ascender al sector proletarizado a 1,200,000 personas, pero no le definía conceptualmente, en tanto categoría social independiente, marginada de las relaciones de producción, y, por consiguiente, no lo diferenciaba con nitidez de las clases sociales en el capitalismo neocolonial. Desde luego, la ausencia de una conciencia clasista definida, en las masas proletarizadas no impedía que éstas tuvieran una conciencia muy aguda de la precaria situación en la cual se encontraban y estuviesen dispuestas a tomar partido por la primera opción subversiva favorable. De acuerdo con Sabbatini, el carácter levantisco del pequeño-burgués proletarizado se distinguía, "por un radicalismo todavía más exasperado que el del obrero de las fábricas, por la sencilla razón de que el proletariado siente con mayor tensión política el proceso de dominación que le golpea por primera vez". (Sabbatini, 1968: 24).

En la medida que existían condiciones revolucionarias en las clases fundamentales del pueblo -la pequeña burguesía, la clase obrera y los sectores proletarizados- el programa

revolucionaria moncadista debía hallar un eco favorable en las grandes mayorías del país. Por eso, de acuerdo con Sabbatini, el proyecto revolucionario moncadista, expresión de una pequeña burguesía proletarizada debía encontrar "su base social en otra parte, en la única fuerza capaz de ser una alternativa al bloque proletarizado y proletario en el que se reconoce la pequeña burguesía desclasada". (Sabbatini, 1968: 42).

Este autor suponía que la vanguardia revolucionaria tenía un carácter homogéneo y coherente, en tanto, estaba integrada sólo por jóvenes procedentes de la pequeña burguesía, sin empleo ni destino en la sociedad neocolonial reconocidos en el bloque nacional popular de los humildes, los golpeados y ofendidos por la represión y el paro. De hecho, no se percataba de la heterogeneidad de las organizaciones revolucionarias de la nueva generación, constituida en lo esencial no sólo por jóvenes de procedencia pequeñoburguesa, sino también proletaria y campesina. A ellos también se vinculaban en la Vanguardia jóvenes procedentes de los sectores estables de la pequeña burguesía y del proletariado, con una ocupación definida. En el conjunto de la nueva generación se destacaban los estudiantes, cuyo futuro se definía en términos del paro y de la alta probabilidad de ingresar en las filas de los desempleados, una vez concluyesen sus estudios. La desvinculación del sector proletarizado de la estructura clasista y de las relaciones de producción, en la medida que no integra de manera orgánica ninguna clase, y adopta distintas actitudes de acuerdo con la forma en que era golpeado por la coyuntura económica, no impedía que se identificara con las clases afectadas por el dominio neocolonial.

El joven proletarizado, ya sea un desempleado, un empleado eventual o un amenazado por el paro, siente que no tiene un puesto bajo el sol en la sociedad. De ahí que independientemente de su procedencia social, ya sean descendientes de pequeñoburgueses, de campesinos o de trabajadores, los jóvenes tienden a identificarse frente a la situación que les cierra el horizonte. Así los encontraremos estrechamente unidos en las organizaciones revolucionarias

de la nueva generación revolucionaria de la década del 50 frente a la tiranía, con independencia de su procedencia social. Un viejo adagio árabe postula al respecto, un enunciado sociológico de profundo calado: "Los jóvenes son más hijos de su época que de sus padres". En ese sentido obedecen, ante todo, a las determinaciones coyunturales y no a las que tienen su origen en la condición clasista de sus antecesores. Sabbatini concibió el proceso de proletarización como el de una pequeña burguesía arruinada, por lo que no captó todas sus implicaciones. El colega italiano no fue más allá de los enunciados intuitivos en el curso de la investigación que realizó en la documentación política de la época. Un estudio monográfico posterior, basado en la valoración crítica de algunas fuentes demográficas y económicas quedó inconcluso y, que sepamos, no ha sido publicado. Ahora bien, algunos aspectos de la estructura social de la sociedad neocolonial cubana y de su evolución histórica, han sido avalados con posterioridad por la presente reflexión monográfica. En la historiografía cubana, el proceso de proletarización había sido constatado empíricamente, de manera independiente, por algunos autores; pero la problematización y conceptualización del proceso de proletarización le correspondió a Sabbatini. (Ibarra, 1968 y López Segrera, 1969). El mérito principal de sus investigaciones pioneras consiste en haberse planteado el proceso de proletarización como un problema historiográfico fundamental de la Revolución Cubana.

La crítica de Blackburn y Sabbatini a la línea de interpretación historiográfica clásica, de acuerdo con la cual la burguesía y la clase obrera eran clases desarrolladas y maduras, y sus proyectos, por consiguiente, coherentes y consecuentes, constituyó una premisa de las hipótesis sociológicas de Samuel Farber, a propósito del movimiento contrarrevolucionario, y del movimiento revolucionario dirigido por Fidel Castro en los 50. Ahora bien, a diferencia de Blackburn y Sabbatini, quienes no identificaban los fenómenos de disgregación y desestabilización sociales propios del proceso de proletarización con actitudes de pasividad, en las clases

fundamentales del pueblo, -víctimas fáciles de la manipulación en cualquier sentido-, Farber tiende a encontrar una correlación entre esos procesos y actitudes. Estos análisis pueden consultarse en su libro Revolution and reaction in Cuba. 1933-1960. De acuerdo con los criterios de este autor, la ausencia de una estructura social sólida y coherente, y de una perspectiva clasista integral en las clases fundamentales del pueblo durante el lapso que media entre 1930 y 1970, propició un populismo demagógico y fácil por parte de Grau San Martín y Eduardo R. Chibás, así como un bonapartismo reaccionario en Batista y un bonapartismo revolucionario en Fidel Castro. Farber supone que "el atraso y la fragmentación ideológica" de las clases constitutivas del pueblo las convirtieron en sujetos pasivos de las manipulaciones y las imposiciones autoritarias del poder político.

Estas hipótesis tienden a soslayar hechos históricos íntimamente vinculados a la naturaleza del movimiento revolucionario en los decenios del 30 y 50, así como la autenticidad y organicidad de las demandas y reivindicaciones obreras, campesinas y de las clases medias durante ambos períodos. De hecho, el surgimiento de un populismo auténtico y de un bonapartismo septembrista se identificó, en última instancia, con el propósito de la burguesía dependiente de frustrar las aspiraciones y demandas más sentidas de las clases populares. El populismo pequeñoburgués y reformista de los auténticos respondió a la existencia de una creciente toma de conciencia revolucionaria en amplias capas del pueblo y a la necesidad, por parte de la burguesía dependiente, de arrebatárles la iniciativa histórica y desviarla de un curso de acción revolucionario. De manera parecida, el autoritarismo castrense de Fulgencio Batista en la década del 30, e incluso su alianza táctica con los comunistas y el movimiento obrero organizado, en los años 40, tuvo por objetivo impedir que se desbordasen las reclamaciones y reivindicaciones, populares y obreras. La hermenéutica de Farber, a pesar de desconocer el nivel de conciencia clasista y patriótico alcanzado por las clases laboriosas, el calor de los hechos revolucionarios de los

años 30, acierta cuando describe la relativa independencia lograda por la dirección bonapartista, a partir del equilibrio o empate real ocurrido durante esos años entre las fuerzas en pugna de la burguesía dependiente y el pueblo.

Este balance de fuerzas favorable al ejercicio de una dirección política, relativamente independiente, le permitió a Batista llenar el vacío de poder producido por el equilibrio de fuerzas existente, imponer pautas a la burguesía dependiente y reprimir brutalmente al pueblo en los años que corren entre 1934 y 1940. En la medida que la burguesía dependiente no tenía suficiente poder para imponerse por sí misma, después de la Revolución de 1933, cuestionado seriamente su prestigio e influencia social, tuvo que apelar a la oficialidad septembrista para frenar el movimiento popular. Así, la burguesía azucarera hubo de aceptar a regañadientes, sin protestar, las imposiciones del bonapartismo castrense de Batista (Ley de Coordinación Azucarera, nuevos tributos a la producción azucarera, destitución del presidente Miguel Mariano Gómez), en aras de conservar su hegemonía. El más acreditado ideólogo de esa clase, José Manuel Casanova, presidente de la Asociación de Hacendados, expresó en varias ocasiones la disposición de los dueños de ingenios a sufrir todo tipo de sacrificios económicos, con tal de respaldar a Batista y al ejército, único freno contra el movimiento revolucionario.

Tales juicios, comunes a las personalidades más representativas de la burguesía dependiente, a propósito de la potencialidad revolucionaria de la clase obrera y las clases medias, distan mucho de la apreciación de Farber en cuanto a la pasividad y de la desideologización de las clases populares, víctimas inermes o fáciles del poder bonapartista.

Destaquemos, por otra parte, que el carácter represivo del septembrismo contra todo tipo de manifestación popular, y el moderado reformismo, de inspiración rooseveltiano, que ensayó Batista durante esos años, le permitió consumir la división del movimiento revolucionario. Farber tiene razón, por consiguiente, cuando define el bonapartismo reaccionario de Batista, como resultado de un difícil equilibrio entre el bloque burgués y el

bloque nacional popular; sin embargo no puede argumentar convincentemente que el nuevo poder tomara cuerpo ante la pasividad, debilidad o dispersión ideológica de las clases populares.

El surgimiento de un bonapartismo de orientación revolucionaria en los años 50, tendría su origen, según Farber, no en una igualación de las fuerzas sociales en pugna, como en la década del 30, sino en la ausencia de una conciencia de los intereses clasistas propios, por parte de las clases constitutivas del pueblo. Así, la clase obrera en los 50 "no tenía una estrategia para la conquista del poder y su transformación en beneficio de sus intereses de clase como un todo". De hecho, el proletariado "nunca desarrolló una ideología cristalizada, ni un partido político de masas". La aspiración a un mejoramiento de las condiciones de vida por parte de la clase obrera, de acuerdo con patrones estadounidenses, según Farber, no era propio de "una clase revolucionaria". (Farber, 1976: 2, 12 y 14). La clase obrera cubana en su conjunto no parece haberse propuesto alcanzar los niveles de consumo de los trabajadores estadounidenses. En todo caso, esta inspiración podía ser una meta para algunas capas de la aristocracia obrera capitalista. En este sentido, la encuesta de Zeitlin aclara las actitudes de la clase obrera a lo largo y ancho del país.

El llamado "rezago" o "desideologización" de la clase obrera parece constituir, en realidad, un falso problema. El golpe de estado del 10 de marzo de 1952 consolidó la dictadura sindical de Eusebio Mujal y privó a los obreros de sus organismos sindicales de expresión de clase frente a la burguesía y al régimen batistiano. De hecho, la gran mayoría de los sindicatos pasaron a manos de la aristocracia cetekaria mujalista. A pesar de este viraje, en la correlación de fuerzas clasistas, los obreros respondieron de manera mayoritaria en el interior del país a los movimientos huelguísticos, convocados por las vanguardias revolucionarias contra la dictadura, tal como han realatado de mano maestra Marcos Winocur. La clase obrera no constituyó la fuerza dirigente del movimiento revolucionario, pero no puede aseverarse que fuera una rémora, o que en su conjunto, se

mostrara a movilizarse en la lucha contra la dictadura.

Es curioso que, a los efectos de demostrar la autonomía "casi absoluta" de la cual disfrutaban Fidel Castro y sus compañeros más cercanos, con respecto a las demandas de las distintas clases sociales, Farber trazara un paralelismo entre la Revolución de 1933 y la triunfante en 1959, pues, de esta analogía se saca, precisamente, una conclusión opuesta a la suya.

Si bien el proletariado urbano y rural desempeñó un papel decisivo en el triunfo revolucionario en los años 30, en la medida en que protagonizó un movimiento económico corporativo de reivindicaciones clasistas, el cual culminó con el derrocamiento de la tiranía machadista, no puede decirse, tuviera una conciencia de su papel y lugar en el conjunto de clases que conformaban el pueblo. El obrerismo y las concepciones de clases contra clase, imperantes en el proletariado, la enfrentaban radicalmente a una pequeña burguesía conciente de sus contradicciones con el capital financiero norteamericano, pero muy apegado a sus intereses y privilegios de clases, en la medida que todavía detentaba una posición relativamente estable en la sociedad. En otras palabras, ni los representantes del proletariado, ni los de la clase media, tenían una concepción del papel hegemónico que debían desempeñar en el pueblo-nación, o sea, de las concesiones que debían hacerse mutuamente para conservar la unidad popular. De hecho, los intereses económicos corporativos y sectoriales de estas clases tendían a predominar sobre los intereses nacionales de desarrollo perspectivo de sí mismo. Los conflictos dimanantes de esa realidad resultaban antagónicos a la postre e impedían que se efectuara la unidad nacional de las clases fundamentales del pueblo durante los años 1920 a 1950. La representación de los intereses sectoriales estrechos, por parte de los organismos propios de la clase obrera y de la clase media, frustraron el proyecto revolucionario de base nacional popular y orientación antimperialista y socialista de los años 30. No habían madurado aún las condiciones para la unidad del pueblo cubano.

El decisivo proceso de proletarización de los 40 y 50 contribuyó progresivamente a diluir las posiciones sectoriales abroqueladas de la clase obrera y la clase media. Por una parte, muchas de las demandas y reivindicaciones cooperativas de la clase obrera durante el período del 30, habían sido satisfechas como resultado de sus luchas, hasta el punto de que los trabajadores cubanos disfrutaban de los mejores salarios y de la legislación social más progresista de América Latina. Ahora bien, en las manufacturas de más de 30 obreros, dispersas en toda la isla, el temor a los despidos, en los sectores donde se aplicaban masivamente, o sea, el peligro de la inminente proletarización en el interior del país, tuvo la virtualidad de movilizar a los obreros frente a la dictadura como clase amenazada en sus fundamentos existenciales. El efecto desestabilizador y hondamente perturbador del proceso de proletarización afectó de manera parecida a la clase media, duramente golpeada por el cierre de los pequeños comercios e industrias, y la movilizó en la década del 50 frente a la dictadura y el paro. La formación de un amplio sector proletarizado el cual abarcaba de un 30% a un 40% de la población en edad laboral, contribuyó, asimismo, a disolver los intereses económico-cooperativos predominantes en los años 30. La amenaza del paro y la recesión, pendiente sobre el conjunto de las clases constitutivas del pueblo, y la pérdida de las conquistas históricas populares, a manos de la dictadura, representativa de los intereses de la burguesía dependiente y del capital financiero, movilizó a estas clases como un todo en la conyuntura crítica de los 50. Ya no se trataba de que se reivindicasen demandas cooperativas por las clases populares dispersas, cada una por su cuenta, como en la década del 30, sino de que estas clases, estrechamente unidas en un bloque nacional-popular, enfrentasen los peligros del ciclo económico depresivo y de una restauración reaccionaria. En esas circunstancias, las clases populares y sus organizaciones representativas no podían escindirse. Por eso el programa de transformaciones revolucionarias del Moncada, coincidente en muchos aspectos fundamentales con los del Directorio

Revolucionario y del Partido Socialista Popular, hizo suyas demandas populares hondamente sentidas, y movilizó al pueblo de manera irreconciliable contra el poder de la burguesía dependiente y del capital financiero estadounidense.

Ahora bien, de la misma manera que la Revolución Cubana no debe conceptualizarse como una revolución "obrera", "pequeñoburguesa", "campesina", tampoco debe definirse como la revolución de una "juventud proletarizada". El proceso revolucionario se desarrolló por su vanguardia política en representación de los intereses y con la participación decisiva del conjunto de clases constitutivas del pueblo. En la medida que el papel desempeñado por cada una de estas clases en el curso del proceso revolucionario fue irremplazable, éste no puede ser definido en otros términos que no sean los que designen al conjunto. Por consiguiente, la revolución será, ante todo, una revolución nacional popular.

Así, a los efectos de diferenciar el proceso revolucionario cubano, de otros procesos con características similares, será preciso remitirnos a su programa y discurso ideológico. La definición de los distintos proyectos revolucionarios de la nueva generación, como los de una revolución social inconclusa, de orientación socialista, de base nacional popular; Revolución que no es definida como socialista, sino sólo de esa orientación, en tanto su evolución en ese sentido dependía de la existencia de condiciones propicias que no vendrían a desplegarse hasta la década del 60. Su núcleo original, su vanguardia, estará constituida por la juventud desvinculada, total o parcialmente, de las relaciones de producción. El propósito original de sus dirigencias será estructurarla en los medios populares donde se encontraban los focos mayores de descontento de la juventud. Este hecho puede verificarse sin mayores dificultades, en las fuentes de la época, (en las causas radicadas por sucesos de la dictadura, en los archivos de las asociaciones de combatientes revolucionarios ...).

Una de las primeras manifestaciones del propósito de constituir una vanguardia revolucionaria de jóvenes de origen popular, aparece en la declaración formulada por Fidel Castro

con relación a la nueva etapa que se abría con el golpe de Estado del 10 de marzo. Lo positivo que tenía la nueva situación era que la revolución "abría paso al mérito, a los que tienen valor e ideal, sincero a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte". Por eso, "a un pueblo revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular, que salga de Cuba". (El Acusador, 16 de agosto de 1952). El criterio de selección con el cual se reclutó a los jóvenes combatientes del Moncada obedeció a ese principio original. Fidel Castro expresó: "Eran ya gentes de extracción muy humilde, es decir, era una organización al margen de aquellos partidos políticos ... seleccioné la gente principalmente entre los sectores humildes del pueblo." (Casa de las Américas, no. 198, julio-agosto/1978, p.7).

Los testimonios de otros combatientes del Moncada, aparte de la investigación de Marta Rojas, parecen ser concluyentes acerca de la procedencia de los jóvenes asaltantes. (Moncada: antecedentes y preparativos, 1972).

Estudios regionales del movimiento revolucionario tienden a evidenciar la existencia de un pensamiento común en torno al neocolonialismo estadounidense, al desempleo, a la crisis hegemónica de los partidos tradicionales, al latifundio, a la corrupción política y administrativa y a la dictadura. Estudios comparativos de conjuntos deben revelar la presencia de una serie de conclusiones a las cuales habían llegado destacados luchadores representativos de su generación, sin conformar un universo ideológico acabado. En un análisis de contenido de los conceptos claves del discurso veintiseísta, realizado en la prensa clandestina revolucionaria, pudimos determinar cómo la definición que identificaba y agrupaba a las dirigencias revolucionarias no era referida a una clase, estrato, grupo cultural o sistema de creencias, sino la concerniente a una nueva promoción histórica y social, o sea, la referente a una nueva generación que se distinguía de las agrupaciones políticas tradicionales por el propósito de coronar la revolución inconclusa de 1933. En otras palabras, la dirigencia revolucionaria no se define por un proyecto clasista articulado,

o por las demandas y reivindicaciones de la clase o grupo a la cual pudiera pertenecer o representar, sino por la coyuntura crítica que atraviesa la nación cuya solución estribaría en la realización del proyecto nacional-popular del 33, proyecto que hace suyos las demandas de todo el pueblo. Así, en el periódico Surco, del II Frente Oriental "Frank País", y en el periódico Sierra Maestra, órgano del movimiento 26 de Julio de Santiago de Cuba, la dirigencia revolucionaria se identifica como representante de una nueva generación o de la juventud revolucionaria, la cual se propone llevar adelante una revolución en representación de todo el pueblo.

Desde luego, los estudios regionales del movimiento revolucionario pudieran revelar variaciones significativas en la composición social y en la orientación ideológica de las dirigencias del movimiento revolucionario. Ahora bien, hasta tanto no se hayan realizado estudios monográficos del movimiento a escala nacional, no podrá caracterizarse, social e ideológicamente, al mismo. Lo que parece fuera de toda duda es la incapacidad del esquema reduccionista clásico de hegemonía de una sola clase o grupo social para dar cuenta del proceso histórico en su conjunto. De todos modos, pensamos que el fenómeno de proletarianización masiva de la sociedad incidió radicalmente en los cambios de actitudes de todos los agrupamientos sociales, hasta el extremo de propiciar la unidad de los elementos constitutivos del pueblo y sentar las premisas para la revolución socialista. Otros factores tales como las contradicciones entre la nación y el dominio imperialista, el papel de la personalidad en la historia nacional, contribuyeron, decisivamente a la consolidación del movimiento revolucionario en la década del 60: pero nuestro propósito ha sido, tan solo, explicar algunos condicionamientos sociales del proceso histórico.

## BIBLIOGRAFIA

1. Abad, Luis V. Cuadros estadísticos y estudios analíticos de los ferrocarriles, La Habana, 1939.
2. ----"La burocracia cubana", en: Cuba económica y financiera, enero 1937, no. 130: 9.
3. ----"La burocracia en Cuba y Colombia", en: Cuba económica y financiera, La Habana, febrero 1942, No. 190: 36
4. Academia de Ciencias de la URSS: América Latina. Selección de artículos de la revista. Redacción Ciencias Sociales Contemporáneas, s/f.
5. Acosta, José. "De la neocolonia a la construcción del socialismo", en: Economía y Desarrollo, nov-dic, 1973.
6. ----"Las leyes de la Reforma Agraria en Cuba y el sector privado campesino", en: Revista Economía y Desarrollo, No. 12. Instituto de Economía de la Universidad de La Habana, julio-agosto 1972.
7. Aquirre, Severo. La revolución agraria. La Habana, 1961.
8. Agrupación Católica Universitaria. "Encuesta de trabajadores rurales", 1956-57, en: Revista Economía y Desarrollo, No. 12, Instituto de Economía de la Universidad de La Habana, jul-agosto 1972.
9. Alienes, Julián. Economía de la post-guerra y desempleo, Junta Nacional de Economía, La Habana, 1943.
10. Características fundamentales de la economía Cubana. La Habana, Ed. Banco Nacional de Cuba, 1950.
11. Álvarez Vásquez, Luisa. La fecundidad en Cuba. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1985.
12. Álvarez de Acevedo, S.M. La economía española en la economía cubana. La Habana, 1936.
13. Anónimo. "La ley del aumento de sueldos y empleados y funcionarios del Estado", en: Cuba Económica y financiera, nov. 1951:5.
14. Archivo de Gonzalo Quesada. Documentos históricos, ed. Universidad de La Habana, 1965.
15. Arredondo, Alberto. Cuba, tierra indefensa. La Habana, 1945.

16. Asociación Nacional de amas de casas (ANAC). Estudio sobre el trabajo de las mujeres en Cuba, s/f.
17. Bairoch, Paul. Revolución industrial y subdesarrollo. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1969.
18. Bambilra, Vania. La revolución cubana: una reinterpretación. Stgo. de Chile, Ed. Prensa Latinoamericana, 1973.
19. Baran, Paul A. La economía política del crecimiento. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1971.
20. Besada, Benito. "Los problemas financieros en Cuba y la creación del Banco Nacional", en: Economía y Desarrollo, No. 31, sept-oct., 1975.
21. Blackburn, Robin. "El prologue to the cuban revolution", en: New Left Review, no. 211, oct. 1963.
22. Burguete, Ricardo. La teoría marxista de las clases sociales y la estructura de la sociedad contemporánea.
23. Byres, T.J. Pearce, y R. Stolcke, Varona. Sharecropping and Sharecroppers. Londres, Ed. T. J. Byres, Frank Cass & Co, Ltd., 1983.
24. Cabrera, Olga. El movimiento obrero cubano en 1920. La Habana, Ed. Pluma en Ristre, 1969.
25. Cardoso, Ciro F.S. y Pérez Brignoli, Héctor. Historia económica de América Latina, tomo II. México, D. F., Ed. Crítica, 1979.
26. Carrión, Miguel de. "El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años", en: Revista Cuba Contemporánea, t. XXVII, No. 105.
27. Castañeda, Carlos. "665,000 cubanos sin trabajo!", en: Bohemia, suplemento: 18, 16 de febrero 1958.
28. Castro, Fidel. La historia me absolverá, La Habana, Ed. Política, 1963.
29. Ceballos, Segundo. "Proyección y panorama de la economía cubana", en: Bohemia, 26 de julio 1953.
30. Cepero Bonilla, Raúl. Política azucarera. 1952-1958. México D.F., Ed. Futuro S.A., 1958.
31. Coliver, A. Birth rates in Latin America. New estimates of historical trends and fluctuations. University of California, Berkeley, 1969.

32. Conferencia para el progreso de la economía nacional. Patrocinada por la Cámara de Comercio y la Asociación Nacional de Industriales de Cuba. La Habana, nov. 1948.
33. Cruz, Rigoberto. chicharrones, la Stgo. de Cuba, Ed. Oriente, 1985.
34. Cuba. Secretaría de Trabajo. Leyes de la Revolución, La Habana, nov. 1948.
35. Cuervo, Froilán. Cuestión agraria, cuestión obrera, La Habana, 1908.
36. Chailloux, Juan M. Síntesis histórica de la vivienda popular, La Habana, Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología, Vol. XX, 1945.
37. Chía Garzón, Jesús A. El monopolio del jabón y el perfume en Cuba. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1977.
38. Chomón, Faure. "El ataque al palacio presidencial", en: La Sierra y el llano, La Habana, 1969.
39. Domínguez, J. L. Order and revolution, Harvard University Press, 1978.
40. Ducassi, Francisco. Desempleo y falta de ventas, La Habana, 1953.
41. Duharte Hurtado, M. La máquina torcedora de tabaco. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
42. Duharte, Rafael y Reyes, Radhamés de los. La burguesía santiaguera (1940-1950), Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1983.
43. Dumoulin, John. Azúcar y lucha de clases 1917, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1980.  
"Extracción y absorción interna del excedente económico cubano", en: Economía y Desarrollo, mayo-junio 1976, No. 35.
44. "Procedencia social de los obreros de un ingenio azucarero", en: etnología y Folklores, Academia de Ciencias de Cuba, no. 2, 1966.
44. Dumpierre, Erasmo. La Esso en Cuba. Monopolio y República Burguesa, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
45. Echevarría Salvat, Oscar A. La Agricultura cubana. 1934-1966: Régimen social, productividad y nivel de vida del

- sector agrícola, Ed. Universal, Miami, Fl., 1971.
46. Essays concerning the socio-economic history of Brazil and portuguese India. Ed. D. Alden, The University Press of Florida, Gainesville, 1977.
47. Ferrocarriles Unidos de La Habana. Tarifa coordinada de clases especiales no. 2, La Habana, 1945.
48. Foreign Policy Association. Poblemas de la nueva Cuba, New York, 1938.
49. Freeman Smith, Robert. Cuba laboratoru for dollar diplomacy of print from The Historian, vol. XXVII, no. 4 august, 1966.
50. Farber Samuel Revolution andvesctienincob. A politicar Sociology from machado to castro. Wesloyon university puess, connecticut, 1976.
51. Freyre de Andrade, Leopoldo. La restricción de la zafra, La Habana, 1931.
52. Fung Riverón, Thalía. En torno a las regularidades y particularidades de la Revolución Socialista en Cuba, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
53. García Galló Gaspar. Biografía del tabaco habano, Universidad Central de Las Villas. Depto. ralaciones comerciales, 1959.
54. García Olivera, Julio. José Antonio Echevarría: la lucha estudiantil contra Batista, Ed. Política, La Habana, 1979.
55. Gramsci, Antonio. Cuadernos de la cárcel, Ed. Era, t.I. México, D.F., 1961.
56. Grobart, Fabio. "El movimiento obrero cubano", en: Cuba Socialista, agosto 1966.
57. Guerra, Ramiro. La industria azucarera de Cuba, Ed. Cultural, S.A., La Habana, 1940.
58. Filosofía de la producción cubana. La Habana, Ed. Cultural, S.A., 1944.
59. \_\_\_\_\_. Azúcar y población en las Antillas. La Habana, 1961.
60. Guevara, Ernesto. Escritos y discursos, t II, La Habana, 1977.
61. Gunder Frank, Andrés. Capitalismo y subdesarrollo en

- América Latina. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1970.
62. \_\_\_\_\_ . "Quién es el enemigo inmediato? Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista?", en: Ruedo Ibérico, no. 151, oct-nov, 1967.
63. Gurvitch, Georges. El concepto de clases sociales. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1970.
64. Gutiérrez, Gustavo. El desarrollo económico de Cuba. La Habana, Publicaciones de Junta Nacional de Economía, 1952.
65. Gutiérrez Valladón, Vicente. El problema mundial del azúcar. Madrid, 1952.
66. Hernández Castellón, Raúl y Valdés Suárez, Pedro. La población, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- Hubermani Loo and sweezy, Paul M. Cuba: Anatomy of the Revolutionary, Ed. Monthly Rovien Pross, New York 1960
67. Huberman, Loo and Sweezy, Paul M. Cuba: Anatomy of Revolution. New York, Ed. Montaly Review Press, 1960.
68. \_\_\_\_\_ . Socialism in Cuba. New York, 1969, Ed. Montaly Review Press, 1969.
69. Huitzer, Sevit. El potencial revolucionario en América Latina, Ed. siglo XXI, México, D.F., 1973.
70. Ibarra, Jorge. "La investigación leninista del tránsito hacia el capitalismo en Rusia", en: revista Casa de las Américas, año X, no. 59, marzo-abril 1970.
71. \_\_\_\_\_ . "Los mecanismos económicos del capital financiero obstaculizan la formación de la burguesía doméstica cubana, en: Isla, no. 79 sept-dic, 1984.
72. \_\_\_\_\_ . "La generación del centenario", en: Boletín Bibliográfico de Educación interna del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, no. 2, 1984.
73. Iglesias, Fe y Moro, Sonia. Contribución al estudio de la sociedad cubana en 1943 y 1953. Una investigación de estructura social basada en el procesamiento de los censos. Folleto del Depto. de Historia del Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba.
74. Iglesias, Teresita. Cuba primera república, segunda ocupación, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

- El segundo ensayo de república, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
75. Instituto de Historia del Partido Comunista Cubano. Movimiento obrero cubano. Documentos y artículos, t. I y II, La Habana, 1975.
76. International Bank for Reconstruction and Development. Report en Cuba, vol. I-IV, 1951.
77. James, Ariel Banes. Imperialismo y nación en una plantación, La Habana, 1976.
78. Kerblay, Basile y Thorner, Daniel. Chayanov y la teoría de la economía campesina, México, 1981.
79. Koval, Boris. "El proletariado agrícola y su lugar en la estructura social del campo latinoamericano", en: América Latina. Selección de artículos de la Revista. Ed. Academia de Ciencias de la URSS, Redacción Ciencias Sociales Contemporáneas, Moscú.
80. Kuczynski, Jurgen, Larmer, Karl y otros. Monopolios norteamericanos en Cuba. Contribución al estudio de la penetración imperialista, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
81. Kula, Witold. Problemas y métodos de la historia económica, Barcelona, 1973.
82. Labrousse, Ernest, Soboul, Albert y otros. L' Historie Sociale. Sources et méthodes, Collouge de l'Ecole Normale Superieure de Saint-Cloud (15-16 mai 1965). Presses Universitaires de France, París, 1967.
83. Laclau, Ernesto. Política e ideología en la teoría marxista, Ed. Siglo XXI, México D.F., 1980.
84. Larguía, Isabel, Dumoulin, John. "Aspectos de la condición social de la mujer", en: revista Casa de las Américas, año XV, No. 88, enero-feb, 1975.
85. Lenin, V. I. El programa agrario de la social democracia. Montevideo, 1954.
- Obras completas, t. I, III y IV, Ed. Cartago, B. Aires 1958.
86. Lefebvre, Henri Lasurrie duespitalisme Ed. Anthropos, Paris 1973.
87. Le Riverend, Julio. Historia económica de Cuba, Ed.

Ciencias Sociales, La Habana, 1967.

88. López Segrera, Francisco. "Algunos aspectos de la industria azucarera cubana", en: Anuarios de estudios cubanos, La Habana, 1975.

89. \_\_\_\_\_ . Cuba: Capitalismo dependiente y subdesarrollo (1950-1956), Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1972.

90. Lorenzo, Raúl. El empleo en Cuba, La Habana, 1955.

91. Loveira, Carlos. De los 26 a los 35. Lecciones de la experiencia en la lucha obrera (1908-1917), The Law Reporter Printing Co. Washington, D.C. 1917.

92. Lugo, Evelio. "La industria del tabaco y sus perspectivas", en: Cuba Socialista, mayo 1963, año III, no. 21.

93. Lupiáñez, José. "El movimiento estudiantil en Santiago de Cuba", La Habana, 1985.

94. Luzardo, Manuel. "Subsidio o trabajo para los desocupados", en: Fundamentos, nov. 1946, año IX, no. 93.

95. Lloyds, Reginal Ed. Twentieth Century Impressions of Cuba, Lloyds Greater Britain Publishing Co. Ltd, 1913.

96. Manual of Sugar Companies, Farr Co., 34th Edition, New York, 1958.

97. Martínez Allier, Juan. "El latifundio en Andalucía y en América Latina", en: Cuadernos de Ruedo Ibérico, oct-nov, 1967.

98. \_\_\_\_\_ . Haciendas, plantations and collective farms, Ed. Frank Cass, London, 1977.

99. Martínez Sáenz, Joaquín. Por la independencia económica de Cuba, Mi gestión en el Banco Nacional, Ed. Cenit S.A. La Habana, 1959.

100. Marx, Carlos y Engels, Federico. Collected works, vol. I-XVI, Ed. Progress Publisher, Moscú, 1980.

101. \_\_\_\_\_ . Sobre la literatura y el arte, Ed. Política, La Habana, 1965.

102. \_\_\_\_\_ . El capital, vol. I-III, Ed. Fondo de Cultura económica, México D.F. 1985.

103. Medevo, Elena "La indigencia en Cuba. Es un mal

- controlable?". En Cuadernos Universidad del Aire no. 17 (oct. 1449-junio 1950).
104. Mencia, Mario. La prisión Fecundo, Ed. Política, La Habana, 1980.
105. Mayo, José. La guerrilla se vistió de yarey, Ed. Política, La Habana, 1979.
106. Moskinchov, L. La sociedad y la sucesión de las generaciones, Ed. Progres, Moscú, 1979.
107. Naciones Unidas. Cepal. Estudio económico de América Latina, México, D. F. 1955.
108. Nelson, Lowry. Rural Cuba. The University of Minnesota Press, Minnéapolis, 1950.
109. O'Connor, James. The origins of socialiam in Cuba. New Yorkk and London, Counell University Press, 1970.
110. Ordoqui, Joaquín. Elementos para la historia del movimiento obrero, La Habana, 1961.
111. Ossowski, Stanislav. Estructura de clases y conciencia social. Ed. Península, 1969.
112. Partido Socialista Popular. Las tareas del PSP en la lucha por los derechos de la población negra, La Habana, 1947.
113. \_\_\_\_\_ . VIII Asamblea Nacional, Ed. Populares, La Habana, 1960.
114. Pavón González, Ramiro. El empleo femenino en Cuba, La Habana, 1977.
115. Peña, Lázaro. "La unidad de la clase obrera cubana", en: Fundamentos. Año III, no. 68, junio 1947.
116. Pérez, Luis Marino. "La situación económica de Cuba", en La Reforma Social, t. VI, La Habana, 1915-16: 521.
117. Pérez, Juniovilou. Cuba and the United states. Athens and London, The University of Georgia press, 1990.
118. Pérez de la Riva, Juan, Pino Santos, Oscar, López Segrera, Francisco y otros. La República neocolonial, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1964.
119. Pino Santos, Oscar. Historia de Cuba, aspectos fundamentales, La Habana, 1964.
120. \_\_\_\_\_ . El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui, Premio Casa de las Américas, 1973.

121. \_\_\_\_\_. El imperialismo norteamericano en la economía de Cuba. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1973.
122. Pollit, Brian. Some Problems in Enumeration the "Peasantry in Cuba, Institute of Latin American Studies, University of Glasgow. Journal of Peasant Studies, vol. IV, no. 2 jan 1977.
123. \_\_\_\_\_. Agrarian reform and the agricultural proletariat in Cuba. 1958-66, Some Nortres, Institute of Latin American Studies, University of Glasgow, Occasional, Papers, no.27, 1979.
124. \_\_\_\_\_. "Estudios acerca del nivel de vida rural en la Cuba pre-revolucionaria: un análisis crítico", en: Teoría y Práctica, no. 42, 1967.
125. Portuondo Morel, Octaviano. El soviet de Tacajó, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1979.
126. Poulantzas, Nicos. Pouvoir politique et classes sociales. París, Ed. Francois Maspero, 1966.
127. Primelles, León. Crónica cubana 1915-1918, La Habana, 1955.
128. \_\_\_\_\_. Crónica cubana 1918-1921. La Habana, 1958.
129. Raggi Ageo, Carlos M. Condiciones económicas y sociales de la República de Cuba. La Habana, Ed. Ministerio de Trabajo, 1944.
130. Ravenet Ramírez, Mariana, y Hernández Martínez, Jorge. Estructura social y transformaciones agrarias en Cuba. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1984.
131. Regalado, Antero. "Los pequeños agricultores y el plan azucarero para 1970", en: Cuba Socialista, t. XII, Nos. 45-48, mayo-agosto 1969.
132. \_\_\_\_\_. Las luchas campesinas en Cuba. La Habana, 1973.
133. República de Cuba. Informe de la administración provisional de la república de Cuba 1906-1907. La Habana, Ed. Imprenta y Papelería de Rambla, 1908.
134. \_\_\_\_\_. Informe de la administración provisional 1907-1908. La Habana, Ed. Imprenta y Papelería de Rambla, 1909.

135. La Revolución Cubana 1953-1980. Selección de Lecturas. 1ra. parte, La Habana, Ed. Academia de la FAR "General Máximo Gómez", 1983.
136. Rivero Muñiz, José. El primer partido socialista cubano. Universidad Central de Las Villas, 1962.
137. \_\_\_\_\_. Tabaco, su historia en Cuba, Vol II, La Habana, 1965.
138. Roca, Blas. Los fundamentos del socialismo en Cuba, La Habana, Ed. Populares, 1960.
139. Rochester, Ana. "Lenin y el problema agrario", en: Dialéctica, año I, vol. I-II, no. 4, nov.-dic. 1942.
140. Rodríguez Loeche, Enrique. Bajando del Escambray, Premio UNEAC Testimonio 1975, La Habana, 1976.
141. Rodríguez, Carlos R. Letra con filo, t. I-II. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1983.
142. \_\_\_\_\_. Cuba en el tránsito al Socialismo. 1959-1963. La Habana, Ed. Política, 1979.
143. Rodríguez, Pedro Pablo. "El pesimismo nacional burgués: el caso de José Comallonga", en: Economía y Desarrollo, no. 64, sept.-oct., 1981.
144. Roig de Leuchsenring, Emilio. Los problemas sociales en Cuba. La Habana, 1927.
145. Rojas, Ursinio. Las luchas obreras en el central Tacajó. La Habana, Ed. Política, 1979.
146. Rossell, Mirtha. Luchas sociales contra Machado. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1973.
147. Sabbatini, Mario. La formazione della societa neocoloniale cubana, Estratto da Ideologie, Roma, 1967: 52-80.
148. \_\_\_\_\_. "Il crollo dell' ordine neocoloniale a Cuba", en Ideologie, Sommario del nn. 5-6, Roma, 1958.
149. Sanabria, José A. "El estado de desnutrición en que vive el pueblo de Cuba", en: Bohemia, 11 marzo, 1956.
150. Sánchez Otero, Germán; López Segrera, Francisco y Armas, Ramón de. Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial 1899-1952. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1985.
151. Sánchez Otero, Germán. "El Moncada: Inicio de la

revolución cubana", en: Punto final, Santiago de Chile, julio 1972.

152. Santos, Theotonio dos. El concepto de clases sociales, Bogotá, Ed. Calarcá, 1974.

153. Sartre, Jean Paul. Huracán sobre el azúcar. Sartre visita a Cuba Literatura. La Habana, Ed. R., 1960.

154. Secretaría de Hacienda. Boletín oficial, T. XVIII, enero 10. de 1918, no. 1, La Habana.

155. Seers, Dudley. Cuba: The Economic and Social Revolution. The university of. North Carolina Press, 1964.

156. Seiglie y Llata, Oscar. El contrato de Arrendamiento de Finca Rústica, el Latifundio y la Legislación Azucarera. La Habana, Ed. Lex, 1953.

157. Semionov, Víctor. Clases y luchas de clases. La Habana, Ed. Política, 1965.

158. Shanin, Teodor. Campesinos y Sociedades Campesinas. México D.F., Ed. Fondo de Cultura Económica, 1979.

159. Smith, Robert. The United States and Cuba. Bussiness and diplomacy (1917-1960), New Haven, 1960.

160. Social structure, stratification and mobility, Washington, D. C., Ed. Anthony Leeds, 1967.

161. Solá, José Sixto de. "El pesimismo cubano", en: Cuba Contemporánea, T. III, La Habana, 1915-16: 52.

162. Soto, Lichel. La Revolución del 33, T. II. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1977.

163. Stavenhagen, Rodolfo. "Las relaciones entre la estratificación social y la dinámica de clases", en: Social structure, stratificación and mobility. Washington D.C., Ed. Anthony Keeds, 1967.

164. \_\_\_\_\_. Sociología y subdesarrollo. México, D.F., Ed. Nuestro Tiempo, 1984.

165. Tabares del Real, José. La revolución del 30: sus dos últimos años. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1973.

166. \_\_\_\_\_. "Apuntes para la historia del movimiento revolucionario 26 de julio". En: Pensamiento crítico, no. 31, La Habana, 1967.

167. Tellería, Evelio. Los congresos obreros en Cuba. La Habana, 1973.
168. Toro, Carlos del. Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1974.
169. \_\_\_\_\_ . El movimiento obrero cubano en 1914. La Habana, Ed. Pluma en Ristre, 1969.
170. Torras, Jacinto. Obras escogidas, t. I, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, La Habana, Ed. Política, 1984.
171. \_\_\_\_\_. "Lo que antes costaba un peso hoy precisapara su adquisición, tres", en: Hoy, La Habana, año XI, No. 209, sept. 2 de 1947: 1.
172. Torriente, Cosme de 1a. Cuarenta años de mi vida 1898-1938. La Habana, Imprenta El Siglo, 1929.
173. Trapeznikov, S. El leninismo y el problema agrario y campesino. Moscú, 1979.
174. Tuñón de Lara, Manuel. Metodología de la historia social de España. México, D.F., Ed. Siglo XXI, 1984.
175. U.S. Department of Commerce. Investment in Cuba, Washington, D.C. 1956.
176. Valdaña, Eugenio de. Marina mercante cubana. La Habana, 1945.
177. Vilar, César. "Sobre el problema del café en Cuba", en: Fundamentos, no. 39, año IX, 1949: 1021-22.
178. Vilar, Pierre. Crecimiento y desarrollo. Barcelona, Ed. Ariel, S.A., 1983.
179. Vivó, Hugo. El empleo y la población actual de Cuba. La Habana, Ed. Asociación Nacional de Industriales, 1950.
180. While, Byron. Azúcar amargo. La Habana, Ed. Cultural, 1954.
181. Wilson, James H. Report of Brigadier General James H. Wilson Commanding the Department of Matanzas and Santa Clara for the calendar year of. 1899. Matanzas, Cuba, august 7- september 7, 1899.
182. Winnocour, Marcos. Las clases olvidadas en la revolución cubana. Barcelona, Ed. Crítica, 1971.

183. Wolter del Río, Germán. Aportaciones para una política económica. La Habana, 1971.
184. \_\_\_\_\_ . "La hacienda en la República independiente", en: Historia de la Nación Cubana, t. II, La Habana, 1952.
185. Wood, Leonard. Civil report of Brigadier Leonard Wood 1901, vol. X, s/f.
186. Xiomero, Alberto de. Los ferrocarriles de Cuba. La Habana, 1912.
187. Zanetti, Oscar y García, Alejandro. United Fruit Company: un caso del dominio imperialista en Cuba. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1976.
188. Zeitlin, Mauricio. Revolutionary politics and the Cuban working class. Ed. Princeton, New Kersey, 1967.